



MERCEDES REINCKE

**MIL VIAJES
EN HELADERA**

 Planeta

MERCEDES REINCKE

MIL VIAJES EN HELADERA

(una historia irreal basada en hechos reales)

1.

Tiene el cuerpo blando. Le cuesta sentir. En esta realidad es invierno y de noche. Hay niebla. Son las veintitrés y veintitrés minutos. Ve la hora en los números azules y borrosos del tablero del coche. Trata de hacer foco. En la calle casi no hay otros vehículos. Podría ser lunes feriado en Buenos Aires. Curu sabe que está en el auto de su madre. Lo reconoce porque ve los bollitos de papel desperdigados como nieve que hace su padre para matar la ansiedad de no poder fumar: en ese auto lo tiene prohibido.

Al volante está un compañero de clase: El Idiota de Leonardo. La madre le prestó el auto a ella y ella se lo prestó a él. ¿Pero qué es todo esto? ¿Qué hace ahí? Curu baja la visera para mirarse en el espejo y confirma la sospecha: el pelo rebajado da la pauta de que tiene más o menos diecisiete años. Son los ochenta, qué mala suerte venir a pasar la muerte acá. Se masajea la cara para despabilarse. Lleva puesta la pollera gris y la camisa blanca del colegio. Los

nombres de sus amigas están escritos con color blanco en su corbata verde. El Idiota de Leonardo es su novio. Un cliché gigante como un sillón de mil cuerpos, un ente imposible de subir con sogas. El Idiota de Leonardo está siempre reclinado contra alguna pared, canchero y cansado, convencido de que lo espera un futuro brillante como jugador de fútbol profesional. Lo mejor que tiene es su madre. ¿Cómo se llamaba? Curu tiene el nombre en la punta de la lengua. ¿Cómo pudo haberse olvidado si resulta que la quería tanto? Silvia Marta Helena Mirta Elvira Elsa Mónica Liliana Norma Nora. Carmen: ahí está.

Carmen es la dueña del videoclub del barrio. Disfruta de cada película. Como si fuesen las hijas de Dios, las quiere a todas por igual, y si las empieza, las termina. Nunca las abandona. Así de linda es Carmen.

A Curu siempre le gustaba verla detrás del mostrador, iluminada por la pantalla de su monitor como tótem al que se le reza. Tenía clientela y tenía fans. Cuando cerraba el local y caminaba las quince cuadras que la separaban de su casa, gente de todas las edades se le acercaba para agradecerle la recomendación, o pedirle una opinión sobre alguna escena o la decisión de un personaje. Carmen, Carmen, profeta del videoclub, madre de un hogar en el que a nadie le importaba el cine. El Idiota de Leonardo, el hijo mayor, la promesa de la cancha, pedía plata, comida y ropa. Era incapaz de poner la mesa, preguntarle a Carmen cómo estaba, ofrecerse a hacer algún mandado. Curu, en cambio, ayudaba y conversaba mientras sentía en la mirada de la madre las ganas de haber tenido una hija como ella. En ese ir y venir de platos y fuentes siempre hablaban

de cine. Al lado, el padre sostenía su cabeza con la mano, en silencio, y cada tanto le decía a su hijo campeón.

El auto toma una curva y Curu se golpea la cabeza contra el vidrio. La música está a todo volumen y es espantosa. Otra curva. Los dos amigos de El Idiota de Leonardo que van atrás lo alientan, le piden a gritos que suba la velocidad en la próxima esquina y él lo hace. Curu vuelve a golpearse mientras ellos rompen las hojas de algún examen, bajan la ventanilla y las sueltan al viento. Ensucian. Se ríen como tontos. Curu es la única con miedo. El auto cruza una bocacalle, salta y cae con chispas sobre el asfalto. Sigue. Los de atrás ahora golpean las puertas al ritmo de la batería de la canción que suena. Se hacen los músicos. El Idiota de Leonardo vuelve a doblar, otra vez Curu se da la cabeza contra el vidrio. Quiere hablar pero no encuentra la voz. Todo en esa escena va muy rápido. Los de atrás toman licor de chocolate del pico de una botella. Curu está furiosa y asustada. Le gustaría tocar una virgen o una cruz. Sabe que esto va a terminar mal. Es increíble cómo se le pone el esqueleto cuando se avecina una desgracia.

El Idiota de Leonardo pierde el control del volante. El auto derrapa en la calle húmeda y da uno, dos, tres giros mientras ellos se miran como si estuvieran en el tambor de un lavarropas. De película, campeón. Chocan contra un tacho de basura grande que escupe sus porquerías. Caen pañales, toallitas con alas ensangrentadas, cáscaras de mandarinas y de huevo, saquitos de té, latas de bebidas que ya no existen más, de cerveza, de Red Bull, blisters vacíos, una jeringa, un Evatest. La vida. Curu sacaría una foto. Bajan del auto y

miran todo. Ellos se tocan el pito. Curu, en silencio, empuja la basura y cruza los dedos para que no llegue un vecino a hacer escándalo. El Idiota de Leonardo le interrumpe el pensamiento y le devuelve las llaves. Ahora va a manejar ella y él se va a olvidar de lo que acaba de pasar, sobre todo del rayón que tiene el auto en el costado derecho. Son las once y cuarenta. Los que primero se reían ahora bostezan y se van. De espaldas son jóvenes deshechizados.

En silencio, Curu y El Idiota de Leonardo llegan a su casa. Curu la conoce bien. Es sencilla, y si bien en aquel momento le parecía una casa chica, hoy le resulta perfecta. Todo está en penumbras, los padres duermen. Curu se pregunta con qué película estará soñando Carmen. El Idiota de Leonardo trata de no hacer ruido. No quiere que se despierte su padre. Se encuentran con la abuela desvelada y cocinando, feliz la abuela noctámbula en el único lugar de la casa donde hay una luz y una radio encendida. Mientras la abuela y su nieto hablan de comer, Curu empieza a dar vueltas alrededor de una mesa redonda. Es un acto reflejo que no puede parar, como si siguiera girando, algo que hace su cuerpo. O quizás está escapando de El Idiota de Leonardo que decide seguirla, entonces es ella la que ahora aumenta la velocidad. Caliento fideos, les hago una hamburguesa, dice la abuela. Curu realmente tiene hambre. Descongeló una pizza o unos bastoncitos de muzzarella, todo casero. La abuela mete un chorro de aceite de oliva en un platito de colección. Agrega sal, pimienta y unas gotas de aceto balsámico, y pone sobre la mesa un pan recién salido del horno. Curu arranca un pedazo, se quema las yemas de los dedos, pero no le importa, lo moja y se lo

come, le sale vapor de la boca. Da otra vuelta a la mesa y moja otro pedazo de pan mientras El Idiota de Leonardo ahora la sigue con la intención de besarla. No porque sienta ganas de un beso: quiere mostrarle a su abuela que tiene novia y que de verdad es campeón. También quiere cauterizar el papelón del accidente. Aparece su madre, Carmen, en camisón, como un fantasma silencioso que señala con la mirada la heladera. Cuando la abuela la abre para servirles un merecido vaso de Coca-Cola con hielo y limón, un latigazo sacude a Curu. Otra vez el tirón se la quiere llevar. Curu manotea una silla, el borde de la mesa, el platito de colección que se revienta contra el piso, pero todo es inútil. La heladera de El Idiota de Leonardo tiene también la fuerza del universo y se la quiere tragar. Curu se deja, se va con los ojos puestos en Carmen.

En su boca abierta por el asombro entra el vapor frío de la nebulosa. Flota en la misma galaxia oscura de antes, más oscura que una sala de cine. ¿Entonces esta vez sí está muerta? ¿Sí o no? ¿Morirse es flotar en todas las direcciones todo el tiempo? Curu siente que la inmensidad le va a entrar por los ojos y la va a hacer explotar por dentro. Flota tensa. Flota con miedo. Cuando la realidad recupera su forma, está dentro de un espacio mínimo con una luz blanca que le quema la retina: está en la heladera del Señor Tai Chi. Al borde de la asfixia. Hace fuerza con las piernas para abrir la puerta, pero no abre. Grita y no hay respuesta. Hasta que un sonido libera la presión, como un ómnibus de larga distancia cuando llega a destino, y la puerta se abre dando paso a Curu, que cae en su nueva casa como un producto mal acomodado en la heladera y la gravedad le da un cachetazo.